

celebrar tan fausto acontecimiento, y hace bien, porque la glorificación de los hijos es la exaltación de la madre. Que venga el bronce a ser una cátedra de enseñanza perenne, y una continua recompensa de la virtud y el patriotismo.

Bogotá, 20 de julio de 1927.

HNO. FLORENCIO RAFAEL  
Director del Escolasticado,  
Escuela Normal de los HH. CC.



## DON RICARDO CARRASQUILLA

### I

En el segundo de sus sueños insuperables, Luciano Pulgar nos cuenta cómo él concibió la idea, la agitó en toda forma y la llevó al Congreso hasta que se convirtió en humo, de adornar, o mejor ilustrar, la ciudad de Quesada con una especie de panteón de hombres y mujeres ilustres colombianos, cuyos bustos colocados, por ejemplo, en compañía del que representa a Groot en la Avenida de Colón y al lado de las estatuas de éste y de doña Isabel, dijeran a los viajeros y visitantes cuán alta estimación, respeto y gratitud nos inspiran aquéllos que por el saber, la virtud y el trabajo sobresalieron entre sus conciudadanos. En la lista que él dio de personajes colendos dignos de semejante distinción, aparece naturalmente el nombre de don Ricardo Carrasquilla, de quien el señor Suárez, a vivir ahora, habría escrito, para honra y deleite de las generaciones, un resumen biográfico más comprensivo y perdurable que bustos y que estatuas. La palabra bien escrita vive más allá del día de la resurrección.

No sin cierto temor, nacido del respeto que las vidas de los grandes hombres infunden, se ocupan las plumas profanas, en apuntar, siquiera brevemente, los rasgos distintivos con que llamaron la atención de sus compatriotas y dieron materia

para que la historia dijera de ellos la síntesis definitiva y justiciera: que si en vida las almas de esos hombres deslumbraban por la inteligencia o por la bondad, el crisol del sepulcro las presenta tan puras y radiantes, que es una temeridad llegarse a ellas, cuando no sea más que a título de glorificación. Tal sucede con don Ricardo Carrasquilla.

Los biógrafos de él, antes que del poeta festivo y del escritor ameno, que gustaba de pasar inadvertido y humilde como la retama del desierto, si pudiera, nos hablan estusiasta y cordialmente del hombre bueno como el agua y puro como la luz, que fue aquel maestro de varias generaciones, que supo con toda cabalidad y abnegación ejercitar el más santo y alto de los empeños a que los hombres pueden consagrarse. Y en efecto, con el solo título de maestro habría tenido el autor de las "Coplas", los "Sofismas Anticatólicos" y los "Problemas de los Niños" para hacer grato y admirable su nombre ante la posteridad: con que hubiera iluminado un cerebro solo y fortalecido para el bien un solo corazón, habría hecho obra impeccedera. Un escritor español de gran predicamento nos dice en uno de sus libros cómo un héroe, conquistador espiritual, enseñando a leer a una rapaza en una casa de huéspedes, sintió tal placer impregnado de grandeza, que a medida que él avanzaba en su magisterio y ella en su aprendizaje, veía en su discípula ya no una mujer sino a toda España que, ansiosa de saber y de gloria, se levantaba ante su vista, dignificada por la voluntad y por el pensamiento. No sin razón, pues, la gratitud nacional rinde, en el centenario de su nacimiento, al pasante y catedrático del Instituto de Cristo, por los años de 1851 y 1852, y al director y profesor del Liceo de la Infancia y del Colegio de Carrasquilla, en años posteriores, el tributo de respeto y reconocimiento que se debe a los maestros.

Decía el maestro Juan de Avila en su "Disciplina Espiritual": "Habéis visto a los cantareros encender algún horno? ¿Habéis visto aquel humo tan espeso y tan prieto, aquel encendimiento de fuego y aquella semejanza de infierno que allí pasa? ¿Quién creyera que los vasos que allí dentro están no habían de salir hechos cenizas del fuego, o a lo menos negros

como la pez del humo? Y pasada aquella furia, apagado el fuego a tiempo que deshornan, veréis sacar los vasos blandos de barro, duros como piedras; y los que primero estaban morenos, salir más blancos que la nieve y tan lindos que se pueden poner en la mesa del rey." Si podemos comparar un colegio y su fuego espiritual con el horno y el fuego del clásico, y con un vaso toscó al joven inculto que por primera vez viene al claustro, bien debíamos decir que los institutos de Carrasquilla, al deshornar sucesivamente, tenía el singular honor y el más alto privilegio de presentar a la sociedad, en cada uno de sus alumnos, ciudadanos buenos y fuertes, moldeados, cocidos en su propio fuego, aptos para que el espíritu exprimiera en ellos sus más nobles esencias, probados vasos blancos que tan brillantemente camparon en el banquete de la República.

Y para culminación de la obra del maestro, quiso la Providencia que el hijo de él, su mejor obra—como a propósito de José Eusebio Caro dijo de don Miguel Antonio Menéndez y Pelayo—fuera el preceptor de la juventud por luengos años, con lo cual el genitor ha dilatado en uno de sus descendientes no sólo su nombre, pero por muy señalada manera sus talentos, su gloria de institutor y sus virtudes.

Recio de constitución, como los robles del alto Pirineo, de noble complexión como la generosa savia de ellos, y como su tronco fuerte para resistir todo embate, la pobreza, las embesitadas de la suerte y de los hombres, de él puede decirse como del gran Cisneros apuntó un poeta español:

"En piedad santa encendida  
alentaron su existencia  
el libro, árbol de la ciencia,  
la Cruz, árbol de la vida."

Uno de sus biógrafos lo pinta espiritual y corporalmente de esta guisa: "Muchos conocieron a Carrasquilla en Colombia, principalmente por sus enseñanzas y sus "Coplas", bien que nunca salió de Bogotá a más de quince leguas a la redonda; pero pocos le conocieron de cerca o en la intimidad

porque era sobrado humilde, adusto en apariencia, y vivía como retraído de casi todo lo que no fuera su hogar y su colegio, confundidos para él como si formasen una sola familia. Era hombre de grave continente, sencillo en todos sus gustos, digno en su pobreza, sobrio y mesurado en todo, austero en sus costumbres, infantil en su ternura conyugal, purísimo en sus pensamientos, palabras y obras, profunda e incontrastablemente religioso, noble y caballero en todo. No era de aquellos hombres que halagan con la fisonomía, el gesto o la palabra, ni que del primer momento se ganan la simpatía de las gentes; no era simpático sino respetable y estimable; en vez de afabilidad mostraba siempre la entereza de la rectitud. No había en su semblante, lleno y apacible, rasgo que no indicase lucidez de inteligencia, vigor y entereza de voluntad, nobleza de sentimiento, seriedad de criterio, espiritualismo profundo, santidad de alma, caridad y fe apostólicas y tranquilidad de conciencia. Sus facciones no eran finas ni aristocráticas, pero sí expresivas y nobles, y tenían todo el sello de la ingenuidad y la franqueza. Tenía la frente noble, llena de protuberancias elocuentes, donde había espacio para que se revelaran numerosos talentos. Ninguna voz era más propia que la suya, de bajo profundo, para pronunciar con majestuoso acento las palabras Dios y Patria, que contienen toda la grandeza y santidad de la vida. Oí muchas veces a Carrasquilla, en reuniones íntimas, ya disertando sencillamente sobre moral y religión, ya improvisando agudas coplas o imitaciones de romances históricos o caballerescos, ora recitando o leyendo con suma gravedad letrillas retozonas y otras composiciones líricas. En el primer caso, su actitud y acento eran como de apóstol, con entonación que hacía pensar en San Pablo, o San Agustín, o los grandes místicos de la Edad Media; en el segundo, su voz parecía resonar bajo el artesonado techo de un salón de castillo feudal, y tenía inflexiones que movían a recordar las proezas del Cid Campeador, de Roldán y de los caballeros cruzados; pero cuando recitaba sus letrillas o coplas, llenas de sal y de inofensiva pero profunda sátira, al propio tiempo que hacía reír con espontaneidad, obligaba a considerar que en una co-

pla imaginada con talento y gracia puede encerrarse todo un tratado de crítica y de filosofía moral."

Y también nos dice que este hombre de bien nació, por ministerio de la patria y del honor, miembro de la más alta nobleza de Colombia. Pertenece, por su sangre y por afinidad, a la aristocracia del sacrificio: la de los hombres de alma grande y levantado carácter que fundaron para sus descendientes, que no para ellos, una patria libre. Entre los mayores de Carrasquilla todo fue noble y verdaderamente grande; porque en la lista se contaron el gigantesco Antonio Nariño, José María Ortega, Francisco de P. Vélez y Pedro Rivera de Carrasquilla. Del heroísmo y la virtud de viejos patricios habían de nacer piedad, luz y abnegación.

Al pie de uno de sus retratos escribió la siguiente autobiografía:

"Nací pobre, triste y feo;  
poco después profesé  
de maestro, y me casé;  
me pusieron Timoteo.

Más tarde resulté bardo,  
malas coplas escribí;  
y hasta mi nombre perdí:  
hoy me llamo don Ricardo.

He vivido en Santa Fe,  
aunque nací en el Chocó;  
no puedo sospechar yo  
cuándo y dónde moriré.

Y por no saber el día  
ni el lugar, quedarse debe  
sin conclusión esta breve  
modesta autobiografía."

Fue un carácter: tuvo una voluntad sin pecados y una inteligencia sin sombras, como de Ventura Ruiz Aguilera dijo Castelar.

## II

Su mejor obra, después de su hijo Rafael María, fue la que realizó como maestro, y él mismo la ponía por encima de sus escritos. Pero si echamos una ojeada a las producciones de su pluma, donde campean originalidad, buen gusto, humorismo, fina ironía y las dotes que dan pasaporte de celebridad a las concepciones literarias, puede asegurarse que ni el más severo de los críticos dejará de hallar en esos escritos hartos motivos de admiración y muchas razones para el elogio y el aplauso. Lo festivo fue la veta de donde sacó su mejor oro intelectual, que son sus letrillas, coplas y juguetes, muy en boga en su tiempo, y hoy manjar exquisito aun para los más esquilimosos paladares. En este género, él y Marroquín se llevan la palma, y son sus obras gracia, chispa, sal, donosura, en nuestro parnaso. Entendemos que está próxima a publicarse, con motivo del centenario que celebramos, la obra literaria de Carrasquilla, y, como es natural, a su aparición no faltará alguna pluma que la juzgue doctamente, por lo cual, y para dar alguna muestra del ingenioso estilo de aquel maestro del donaire, nos limitamos a reproducir en seguida algunas estrofas de su "Canto al Chocolate", digno de vivir perpetuamente en boca de la Fama.

"Cantó con ronca voz el ciego Homero  
del aturcido Aquiles la venganza,  
y siendo un viejo chocho y majadero,  
júzgalo el pueblo digno de alabanza:  
un asunto más noble yo prefiero  
donde no habrá guerra, ni matanza,  
ni una sola tormenta, ni un combate:  
quiero cantar el dulce chocolate.

En los jardines del Edén habría  
de chocolate bienhechora fuente,  
que salpicando espuma, correría  
de queso en hondo cauce blandamente;

y despidiendo aroma, arrastraría,  
con ímpetu la rápida corriente  
entre arenas de blando bizcochuelo  
los descujados troncos del canelo...

¡Por vida!... me olvidaba de una cosa  
de las más importantes y esenciales:  
Falta la invocación! Celeste diosa  
que habitas los extensos cacaotales!  
¡Haz que mi voz resuene poderosa  
y arrebaté a los míseros mortales,  
no el clangor de la homérica trompeta,  
sino al robusto són de hirviente olleta!...

¿Quién, aunque tenga larga parentela,  
podrá contar tan nobles apellidos?  
DE azúcar, DE vainilla, DE Canela,  
con otros mil no menos conocidos,  
tales como DE harina y DE panela,  
por el DE que precede distinguidos;  
mas no es el DE que usurpan los villanos  
por parecer ilustres ciudadanos...

A esos cobardes que con férreas manos  
quieren esclavizar el mundo todo,  
el mundo vil los llama soberanos,  
mientras que vuelven de la tierra al lodo:  
mas sólo aquel que los preciosos granos  
enseñe a preparar de mejor modo,  
merecerá que el pueblo independiente  
le doble humilde la orgullosa frente.

"Tú, genio de los genios sin segundo,  
que alzando hasta el Olimpo tu cabeza,  
pedestal de tu estatua hiciste un mundo,  
un mundo virgen de inmortal belleza",  
gracias a que la caña y el fecundo  
grano sembrara en él naturaleza;  
porque si el oro vil no más pusiera,  
grande cual tu esplendor tu infamia fuera.

Estas que escribo, intrépidas y bravas,  
no, ilusos, las llaméis octavas reales;  
sencillamente las llamad octavas,  
o si os parece, octavas nacionales,  
que no ya de las reglas son esclavas,  
sino que son libérrimas, iguales;  
ni son el monopolio del talento,  
pues ya rebuzna octavas un jumento."

A la soltura y donosura, a la sátira fina, al esplendor de la forma, unen estas estrofas otros elementos de belleza que será difícil hallarles comparación en ningún poeta americano, si exceptuamos a Batres Montúfar, el guatemalteco imponderable.

Fue Carrasquilla miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua y desempeñó en sus últimos días el puesto de bibliotecario nacional.

Nació en Quibdó, el 22 de agosto de 1827, y murió en Bogotá el 24 de diciembre de 1886: fueron sus padres el coronel Pedro Carrasquilla y la señora Cruz Ortega.

En los días de su muerte, don José María Samper, al preguntar si a un hombre como Carrasquilla se le podía dar el título de GRANDE y al conceptuar lo que debe entenderse por GRANDEZA entre nosotros, se expresaba así: «Los hombres del presente, con rarísimas excepciones, ni tienen fe en los demás hombres ni en cosa alguna, ni lo que es más triste, la tienen siquiera en sí mismos, esto es, en su deber, su derecho y su destino en la tierra. Las nuevas generaciones no tienen verdadera juventud: nacen viejas, porque carecen de sana alegría, no se fortalecen con la esperanza, ni comprenden la caridad, ni saben que el patriotismo es religión, ni están convencidas de que el trabajo y el dolor contienen un gran caudal de dignidad y fuerza.» Si eso se decía entonces, cuando sí había grandes en Colombia, ¿qué no diremos en esta época nefasta en que los hombres dejan un hueco y no hay otros hombres capaces de tapanlo dignamente?

Porque varones como Carrasquilla—diremos con Cánovas del Castillo, a propósito de un personaje español—nadie los volverá ya jamás a ver, según todas las señas, si no es abriendo o profanando con pueril curiosidad los sepulcros.

**Manuel Antonio Bonilla.**



## Don Ricardo Carrasquilla

DICURSO DEL DOCTOR GUILLERMO JARAMILLO BARRIENTOS EN EL ACTO LITERARIO QUE SE CELEBRÓ ANOCHE EN EL AULA MÁXIMA DE LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Señores:

No os sorprende el que ocupe esta tribuna, desacostumbrada por mí, porque habéis leído ya que estoy encargado de la introducción de este acto. Así, en los tiempos antiguos, iba delante del cortejo el pregonero de la alteza que le precedía. Nos hemos reunido para honrar la memoria de don Ricardo Carrasquilla en el centenario de su nacimiento.

Desde este sitio se han cantado los triunfos de los guerreros; se han recordado las gestas de los varones epónimos, se ha oído la frase sabia sobre temas de ceño adusto, se ha recordado el día de las jornadas emancipadoras y ha palpitado en más de una ocasión el amor a la Patria. Estamos al amparo del primero de nuestros institutos docentes, y desde lo alto del solio nos presiden los signos de dos ideales, los mismos a quienes don Ricardo consagró su vida: La imagen de Dios y el escudo de la República.

En esta vez no se trata de recordar acciones bélicas ni proezas extraordinarias, sino al maestro que no tuvo otra escuela que su talento al servicio de su voluntad, cuyo principal mérito por fortuna valioso y por desgracia escaso hoy, consiste en sus grandes virtudes, cuya misión docente fue fecundísima, y cuyo estro poético le da relieve por lo original y fecundo, en medio de la generación sabia a que perteneció.

Este acto demuestra que no siempre el olvido cubre la labor de los que se dedican a modelar la intelectualidad que aparece, como modela el artista la figura esbelta sobre el bloque burdo que lleva el cantero a su taller.

Fue aquella toda una existencia larga dedicada a la escuela, en tiempo que empleaban los demás en destruir. Fue la labor silenciosa de formar varios miles de educandos cuando el ruido de los cañones retumbaba contra los cristales del salón. Fue el resultado de muchos lustros consagrados a formar ciudadanos aptos para que la Patria renaciera de las varias guerras generales y de innumerables guerras seccionales que destruyeron parte de la población, las riquezas acumuladas y el crédito que ya se había logrado. He aquí la forma maravillosa como Carrasquilla contribuyó con valioso aporte a redimir el retroceso que fue herencia de las turbulencias de esta democracia bendecida pero en más de una ocasión desbordada.

Confiesa don José María Samper, en escrito publicado en los días en que para don Ricardo llegó el ángel de la muerte, que tenía el poder de inocular sencilla y dulcemente la verdad, que poseía el don de hacer meditar al interlocutor con diez minutos de conversación, más que con la lectura de un libro entero. Este es el mejor testimonio y la más admirable síntesis para definir al maestro.

No menos que al educador admiro al poeta. Vosotros habéis leído y releéis en estos días los versos regocijados que salían de su pluma con la espontaneidad de los fenómenos naturales. Porque el estro poético de Carrasquilla tenía una rara originalidad, santafereña y festiva, docente como la vocación del autor y útil como su obra de cátedra.

Sin contagios sentimentales, sin fingidas lamentaciones que infiltren espíritu de cansancio en el que las lea, sus redondillas y sus juguetes métricos producen una rara sensación de sanidad. Algunos de nuestros más notables portaliras han tornado enlutada la túnica alba de las musas. El dolor es humano y digno de respeto. Su canto es hermoso cuando se desahogan las tribulaciones del corazón; pero a esas bellezas de color

funerario prefiere mi temperamento el color y la luz, la sal andaluza que en nuestras montañas ha sido signo de vida. Antes que la elegía que tiene a los muertos como su objeto propio, busco la égloga que narra suavemente la paz encantadora del campo. Creo que el cultivo de la sana alegría en esta raza joven es tan necesario como las nociones elementales de enseñanza.

El gracejo decoroso y fino del señor Carrasquilla reflejaba el alma sana donde está la virtud como en su casa. No voló su pegaso por las regiones más elevadas de la fantasía, porque no se lo permitió el freno de la modestia, se quedó más abajo y dijo de la armonía que se halla en el recto vivir.

La memoria de don Ricardo Carrasquilla se presenta a nuestra mente con la nitidez de un atardecer de verano, hasta en los detalles de su vida íntima. Tuve el privilegio de frecuentar su hogar, perfumado aún por la vida de su santa esposa, muchos años después de la muerte de don Ricardo, pero cuando todavía se palpaba el influjo de su presencia, viva en la mente de sus hijos, renacida sobre el lienzo al conjuro del pincel de Garay.

No ha necesitado la esponja del tiempo lavar mancha alguna del cuadro. A medida que han corrido los años, la figura selecta del ilustre colombiano se destaca con la misma amabilidad y acaso con mayor brillo en cada día; de la misma manera que la gloria de los hombres egregios crece a medida que crece la importancia de sus creaciones, el nombre de don Ricardo ha tomado nuevo lustre porque engendró en las entrañas de una matrona procerca a un hombre, gloria de Colombia, orgullo del clero, educador insigne, elocuente orador, filósofo doctorado por decreto pontificio, director de la Academia de la Lengua y Rector del Colegio del Rosario.

Llegue hasta la señoría de Rafael M. Carrasquilla el eco de este momento, para que en medio del triste recuerdo del pasado tenga la satisfacción de saber que en la tierra de Félix de Restrepo, que le debe especiales muestras de deferencia,



se cultiva la virtud de la justicia, y se colocan laureles sobre la memoria de quienes lo merecen.

Si está pálido el tono de esta introducción, excusadlo. El corazón abunda, pero es flaca la voz que fue encargada de anunciar la alteza de este significativo centenario.

---

## Semblanza y vida armónica de don Ricardo Carrasquilla

### RAZÓN DE UN HOMENAJE

El señor Director general de Instrucción Pública, que pertenece al estirpe de los humanistas colombianos, no podía olvidar que, aunque propiamente don Ricardo Carrasquilla no es astro de esa constelación, sí engendró a uno de los más brillantes entre ellos, como su padre ilustre educador de la juventud, actual director de la Academia Colombiana de la Lengua y restaurador de los estudios clásicos en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

De bien pocos, entre los que continúan y ennoblecen las empresas de sus progenitores, puede repetirse la frase de Menéndez y Pelayo, final elogio de José Eusebio Caro, tan estropeada en aplicaciones irritantes, como de Monseñor Rafael María Carrasquilla en relación con don Ricardo. Y somos los discípulos del Mercier colombiano, acostumbrados a repetir con reverencia filial el nombre del pleclaro varón cuyo centenario conmemoramos, quienes más obligados nos sentimos a corresponder a la demanda del señor Director de Instrucción Pública, por imperativo de una suerte de generación espiritual que se revela en nosotros a través de las enseñanzas del hijo.

En la generosa tarea de dignificar el magisterio antioqueño, tiene un bello significado este festival en honor de uno de los más insignes educadores colombianos, maestro de nuestro actual eminentísimo Prelado, quien después de haber sido «discípulo predilecto» del señor Carrasquilla tuvo la satisfacción,